

PREFACIO: DOS PALABRAS AL QUE LEYERE

Traduttore, traditore... Esta expresión, tan manida como inevitable cuando de traducción se habla, me permite inaugurar estas palabras preliminares con un guiño a la compleja tarea que aquí nos reúne. La frase, con su carga histórica y su ambigüedad entre la fidelidad y la traición, encarna los dilemas fundamentales de todo acto traductor. Es, además, un recordatorio de que la traducción no solo es un puente entre lenguas, sino un desafío continuo, un proceso de negociación entre el texto, el contexto y quien traduce.

Con ese espíritu de reflexión y análisis crítico presentamos este número monográfico de nuestra querida revista *Polisema*, dedicado a explorar los límites de la traducción y las innumerables dificultades que enfrentan quienes se embarcan en esta labor. Aunque los textos aquí recogidos comparten un eje temático común, cada uno de ellos aborda el fenómeno traductor desde perspectivas diversas, con enfoques que podríamos calificar de heterogéneos. Así, este volumen se configura como una constelación de ideas y de reflexiones, donde - pese a la diversidad de enfoques- existe una coherencia subyacente que permite vislumbrar una unidad enriquecida por la multiplicidad.

El conjunto de trabajos que aquí se presentan tiene un objetivo compartido: profundizar en la comprensión del “otro”. Porque traducir, en su esencia más pura, es precisamente eso: un cara a cara con la alteridad. En palabras del *Diccionario de la Real Academia Española*, traducir implica: “expresar en una lengua lo que está escrito o expresado en otra”. Sin embargo, esta definición técnica apenas roza la complejidad del acto traductor, que es también una experiencia humana, cultural y cognitiva. Más allá del lenguaje, vivimos inmersos en un proceso continuo de interpretación: traducimos gestos, símbolos, signos, imágenes, memes, mensajes en redes sociales, actos cotidianos... Cada instante de nuestra existencia implica una interpretación de la realidad, un esfuerzo por dotarla de significado. En ese sentido, vivir es traducir, y quienes participan en este monográfico no solo reflexionan sobre

este fenómeno, sino que lo encarnan, iluminando con sus aportaciones aspectos fundamentales de la práctica traductora y, por extensión, de la vida misma.

Ha sido un verdadero privilegio lanzar la convocatoria para este número y recibir colaboraciones provenientes de rincones tan dispares del mundo como la India, España, México, Portugal, Italia o Japón, entre otros. Esta diversidad geográfica no hace sino reforzar la riqueza y el carácter inclusivo de este monográfico, que se configura como una suerte de Babel contemporánea. Sin embargo, lejos del caos y la incomunicación que suele asociarse al mito bíblico, aquí todos los participantes han encontrado un lenguaje común, un espacio de entendimiento donde las voces de Homero, *Il Burchiello*, Shakespeare, Rilke, Peixoto y otros grandes autores dialogan y convergen. Este encuentro de perspectivas resuena como un canto coral, evocando la gran música de los Ainur en los días primeros, según la hermosa descripción de J.R.R. Tolkien:

Entonces las voces de los Ainur, como de arpas y laúdes, pífanos y trompetas, violas y órganos, y como de coros incontables que cantan con palabras, empezaron a convertir el tema de Ilúvatar en una gran música; y un sonido se elevó de innumerables melodías alternadas, entretejidas en una armonía que iba más allá del oído hasta las profundidades y las alturas, rebosando los espacios de la morada de Ilúvatar; y al fin la música y el eco de la música desbordaron volcándose en el Vacío, y ya no hubo vacío (Tolkien, 1993, p. 16).

El lector tiene ante sí, por tanto, una “gran música”, un entramado de ideas y reflexiones que, como la creación del legendario Ilúvatar, aspira a llenar los vacíos y esclarecer los misterios que rodean la práctica traductora. No obstante, no podemos ignorar que, en la traducción, también hay espacio para el error (*errare humanum est*, dice la tradición). Traducir implica interpretar, y toda interpretación conlleva el riesgo de malentendidos. Jorge Luis Borges, con su característica ironía, reflexionaba sobre este asunto en su célebre artículo “Las dos maneras de traducir”, donde afirmaba:

Suele presuponerse que cualquier texto original es incorregible de puro bueno, y que

los traductores son unos chapuceros irreparables, padres del frangollo y de la mentira (Borges, 1925, p. 256).

En ese sentido, este volumen invita al lector a reflexionar sobre la condición del traductor y su lugar en el proceso creativo. ¿Somos, acaso, los traductores, esos “chapuceros irreparables” que Borges describía? ¿O, por el contrario, merecemos una visión más generosa que reconozca la complejidad y el valor de nuestra labor? Las páginas que siguen le ofrecen al lector las herramientas necesarias para emitir su juicio. Más allá de la respuesta, lo importante es que lean, reflexionen y, por qué no, también traduzcan (nos). Vale.

Fernando Cid Lucas

Università degli Studi di Macerata

Editor del presente monográfico

Referencias

Borges, J. L. (1926). “Las dos maneras de traducir”. In *Textos recobrados*. Emecé.

Tolkien, J.R.R. (1993). *El Silmarillion*. Minotauro.